

**LAS BIOGRAFÍAS DE HITLER:
PROBLEMAS DE LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA
Aníbal Romero
(2004)**

1

¿Qué hace que una biografía pueda considerarse una *buena* biografía? Y más específicamente, ¿qué criterios permiten evaluar como buena una biografía *de Hitler*? La respuesta a la primera interrogante no necesariamente puede cubrir en todos sus aspectos la segunda, pues existen importantes diferencias en cuanto a reto intelectual entre, digamos, la biografía de una notable figura literaria a la manera de James Joyce o Paul Valéry, de un lado, y de otro la de una figura política como Hitler. En el primer caso puede imaginarse un título como “James Joyce, su vida y su tiempo”, lo que indicaría que hay en principio espacio para seguir la pista del desarrollo espiritual del biografiado, con relativa autonomía con respecto de sus circunstancias vitales; en tanto que con Hitler resulta imposible distinguir su vida de su tiempo, ambos están estrechamente vinculados y entremezclados más allá de cualquier esfuerzo que procure separarlos. La propia naturaleza del personaje biografiado impone desafíos específicos al biógrafo, y sugiere también criterios propios para juzgar los resultados.

En líneas muy generales, una buena biografía narra una historia de manera convincente, y ello tiene que ver en parte con la calidad del estilo literario, con la riqueza de materiales de apoyo que el autor utilice, y también con la adopción de un punto de vista por parte del biógrafo sobre el sentido de lo que relata y el significado de la trayectoria humana que describe. Para mencionar un ejemplo, la biografía de John Toland sobre Hitler, publicada inicialmente en 1976, está bien escrita y cautiva a ratos el interés del lector, sobre todo debido a la magnitud e importancia mundial de los eventos que narra, y a la particular fascinación que ejerce la figura de Hitler como encarnación del mal en nuestro tiempo. No obstante, al final la obra deja una especie de desazón en el ánimo

del lector que aspira a algo más que una descripción, y desea saber lo que piensa el biógrafo sobre *qué significó todo aquello*. La razón de esta falla en el libro de Toland, estriba a mi modo de ver en la confesión inicial del autor, cuando afirma que “Mi libro no tiene tesis, y todas las conclusiones que en él se encuentran surgieron al irlo escribiendo”. Una de tales conclusiones, nos dice, es que Hitler “era mucho más complejo y contradictorio de lo que yo había imaginado”.¹ Este es un resultado relevante, pero sugiere que el autor consideraba, al dar comienzo a su tarea, que los hechos hablan por sí mismos, lo cual es falso y conduce a serios extravíos. Los hechos no son elocuentes por sí mismos pues no se pueden separar de su enunciación y su explicación, y esta última es una tarea con implicaciones morales. Al biógrafo toca describir, narrar y explicar, y la selección de sus palabras y aseveraciones no constituye un mero asunto estilístico o científico sino *moral*.²

Esa carencia de tesis, es decir, de un punto de vista y una perspectiva clara y consistente, se une en el libro de Toland a una serie de afirmaciones que me lucen cuestionables, y no tienen sustentación adecuada en la masa de evidencia disponible. Para sólo citar tres casos, Toland sostiene que Hitler “se consideraba a sí mismo nacido y predestinado a la política”, pero en realidad los datos existentes sugieren que este tipo de convicción mesiánica sólo se concretó, en su dirección específicamente política, después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial y luego de las experiencias vividas por Hitler en Munich al ser desmovilizado del ejército, y no antes. Toland también asegura que Hitler ocultaba sus intenciones revolucionarias en tiempos electorales para no alarmar al ciudadano medio, y en particular afirma, con referencia a las elecciones de febrero de 1933, que Hitler “nada anticipó acerca de sus planes contra los judíos”. Es cierto que Hitler era capaz de moderar el tono y contenidos de sus discursos en función de las diversas situaciones que

¹ John Toland, **Adolf Hitler** (Madrid: Editorial Cosmos, 1977), Vol. 1, p. 6

² Sobre este punto, John Lukacs, **The Hitler of History** (New York: Vintage Books, 1998), p. 17

enfrentaba, pero si algo caracterizó su carrera política fue su sistemática prédica radical, perceptible aún en las más acomodaticias circunstancias. Nadie puede acusar al Führer nazi de haber ocultado sus intenciones, aunque por supuesto no las repetía a plenitud a cada instante. Por otra parte, no queda claro qué intenta decir Toland cuando señala que en esa coyuntura específica, Hitler nada anticipó con respecto a sus planes contra los judíos. El antisemitismo de Hitler era explícito y notorio, pero sus planes concretos de exterminio en masa de los judíos nunca fueron expuestos abiertamente, en público, por el líder nazi —tal vez con la excepción de algunos íntimos colaboradores—, y en 1933 ni siquiera los judíos alemanes, al menos buena parte de ellos, alcanzaban a imaginar la catástrofe que el régimen nacionalsocialista y su máximo jefe se aprestaban a desatar sobre ellos y en general sobre la población judía en varios países de Europa y la URSS. Más aún, es probable que en ese relativamente temprano momento de la historia del régimen, tampoco Hitler y los jerarcas nazis tenían claro qué era *exactamente* lo que iban a hacer, no sólo con respecto a los judíos sino con relación a la guerra de conquista europea.

En otra sección de su obra, Toland dice que en diciembre de 1933 “Alemania estaba en el umbral del totalitarismo y había llegado allí más por las necesidades de la época y el deseo de conformarse, que por el terror”.³ Esto me parece discutible, ya que podemos preguntarnos: ¿cuáles eran las necesidades de la época, y porqué otras naciones europeas, como Inglaterra y Polonia por ejemplo, no sucumbieron a ellas como lo hizo Alemania? ¿Qué sentido tiene hablar de un deseo de conformarse de parte de una sociedad alemana que nunca, antes de 1933, votó mayoritariamente por Hitler y los nazis? ¿No se explica también el ascenso de Hitler al poder por la miopía y el egoísmo de las élites conservadoras y de la izquierda socialdemócrata y comunista, que siempre subestimaron el radicalismo nacionalsocialista y el carisma de su líder, y no fueron capaces de luchar juntos contra la amenaza mortal que acabó por destruirles?

³ Toland, Vol. 1, pp. 93, 334, 372

Estudiosos del arte de la biografía —pues se trata de un arte que requiere sensibilidad, diseño conceptual, penetración psicológica, creación de un clima narrativo, comprensión sociológica y empatía hacia el tema explorado—,⁴ sostienen que una biografía debe ser simplemente la historia de la vida de una persona “y no una teoría sobre esa vida”.⁵ Pero esta afirmación puede prestarse a equívocos. Si bien es cierto que una biografía no debe concebirse como un tratado sociológico o un texto de psicología, también lo es que sin teoría, entendida acá como un marco conceptual que sustente un punto de vista y una perspectiva interpretativa, una biografía carece de hilo conductor, muy particularmente si estamos hablando de una figura con las características de un Hitler, por la multiplicidad de variables y la complejidad intrínseca del contexto y del personaje mismo. Creo que esa falta de teoría o “tesis”, como Toland lo expresa, crea un vacío en su libro, y a ella pueden atribuírsele, al menos parcialmente, algunas de las dificultades interpretativas de la obra. Esta carencia de teoría es lo que lleva a otros a decir, para mencionar un par de ejemplos, que “Hitler no figura entre las grandes personalidades de la historia”, y que “hay poco que lo haga interesante como hombre en sí”.⁶ Éstas son aseveraciones debatibles, ya que en primer término habría que definir qué se entiende por “grandeza” histórica, y en segundo lugar sería imperativo tomar en cuenta que puede existir un abismo —y de hecho ocurre con frecuencia— entre ciertos rasgos pedestres de la personalidad cotidiana de un individuo, como ocurre con Hitler, y el impacto colectivo e histórico del personaje. Esto por cierto lo señaló el primer biógrafo “serio” de Hitler, Konrad Heiden, en su excelente y perceptiva obra de 1944, de la manera siguiente: “La contradicción entre la apariencia lamentable y la voz poderosa caracteriza al hombre. La suya es una

⁴ Ulick O'Connor, **Biographers and the Art of Biography** (London: Quarter Books, 1991), p. 36

⁵ Daniel Aron, ed., **Studies in Biography** (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1978), *Preface*, p. vii

⁶ Karl Dietrich Bracher, “Problemas y perspectivas en la interpretación de Hitler”, en, **Controversias de historia contemporánea** (Barcelona: Editorial Alfa, 1983), p. 84

personalidad escindida; amplias zonas de su alma son insignificantes, descoloridas de cualidades relevantes de intelecto o voluntad: pero hay también esquinas sobrecargadas de fuerza. Esta asociación de inferioridad y fuerza es lo que le hace tan extraño y fascinante a la vez”.⁷ Esa misma inferioridad y esa apariencia lamentable, lejos de parecerme poco interesantes, me despiertan, tratándose de Hitler, el mayor interés.

Voltaire decía: “yo nada impongo, nada propongo, sencillamente expongo”;⁸ pero estas frases de nuevo ponen de manifiesto la ilusión de que los hechos hablan por sí mismos, una ilusión que constantemente confunde a los biógrafos y les hace perder de vista que un biógrafo —y un historiador en general— constantemente toma decisiones que reflejan el acto de interpretar. Considero preferible, antes que la ficción volteriana, la aspiración de Hannah Arendt, plasmada así: “En tiempos sombríos tenemos el derecho de esperar alguna iluminación, y algunas vidas arrojan una luz sobre el mundo”.⁹ No se trata, desde luego, de una luz ética, mucho menos en el caso de Hitler —más bien todo lo contrario. Considero que Arendt se refiere a una luz *explicativa* sobre la época, y ciertamente la figura de Hitler es fundamental no sólo para la comprensión de algunos de los sucesos clave del siglo XX, sino que tiene un hondo interés humano —en un sentido amplio— precisamente por haber alcanzado los extremos de odio contra los que consideraba sus enemigos, dominio real sobre sus seguidores, y criminalidad que conocemos. Estos rasgos tan pronunciados en cuanto a maldad y capacidad destructiva complican la tarea para sus biógrafos, pues se corre el riesgo de satanizar al personaje de modo tal que adquiera dimensiones ajenas a una explicación equilibrada, en lo que tiene que ver con el rigor intelectual en general. De otro lado, esa misma imagen demoníaca, y la indudable maldad moral de Hitler, lleva a no pocos a creer que

⁷ Konrad Heiden, **The Führer** (Carroll & Graf Publishers, Inc., 1999), pp. 34-35

⁸ Citado por Lytton Strachey, **Eminent Victorians** (New York: Capricorn Books, 1963), p. vii

⁹ Citada por Paula R. Backscheider, **Reflections on Biography** (Oxford: Oxford University Press, 1999), p. xxi

es errado y/o peligroso “humanizar” a Hitler,¹⁰ en el sentido básico de sostener que era un ser humano y que hay que esforzarse por *explicar* su vida, pues aunque nos resulte repugnante y nos genere gran desasosiego moral, la carrera de Hitler demuestra qué somos capaces de hacer, o como mínimo qué fue capaz de hacer un miembro de la especie. El tema del genocidio es central en el estudio de Hitler, y hay que darle toda la importancia que exige, mas no puede convertirse en obstáculo —en lugar de ser un elemento más, de crucial importancia— para la *explicación* de esa vida y sus circunstancias. Al contrario, pienso que la atracción que irradia la figura de Hitler, en una perspectiva científica del término en el campo de las ciencias sociales y de la ética misma, reside precisamente en su radicalismo político y su maldad moral.

De allí que me resulten inadmisibles los intentos de colocar la vida y carrera de Hitler más allá del campo de las explicaciones posibles, y sostener, por ejemplo, que las biografías de Hitler ponen de manifiesto una “insuperable dificultad” para explicar “por qué Hitler pensó y actuó como lo hizo y por qué millones de alemanes hallaron una nueva fe en su pavorosa ideología”;¹¹ o aseverar que “entenderlo todo es perdonarlo todo”, que emprender el esfuerzo de entender a Hitler es arriesgarse a hacer comprensibles sus crímenes y de ese modo reconocer la “alternativa prohibida” de tener que perdonarle.¹² No creo que sea imposible ensayar explicaciones de lo que ocurrió con Hitler y los alemanes, unas más satisfactorias o menos sesgadas o limitadas que otras; tampoco comparto la idea de que explicar inevitablemente empuje a perdonar. Una cosa es el análisis histórico, con sus implicaciones evaluativas en cada caso, y otra la decisión moral de perdonar. Por lo demás, un biógrafo tiene por encima de todo que estar persuadido de que la tarea que se propone emprender es *factible*, y ello no tiene por qué llevarnos a olvidar que numerosas vidas

¹⁰ Véase, para citar un caso, el artículo de Norman Lebrecht, “The Humanising of Hitler”, *The Spectator*, London, 28 October 2000, pp. 60-61

¹¹ George H. Stein, ed., **Hitler** (New Jersey: Prentice Hall, Inc., 1968), *Afterword*, p. 172

¹² Esta es la posición asumida por Claude Lanzmann. Véase, Ron Rosebaum, **Explaining Hitler** (London: Macmillan-Papermac, 1999), pp. xvi-xvii

humanas, tal vez la mayoría y ciertamente no sólo la de Hitler, dejan un ámbito para el misterio, el enigma, y finalmente la duda acerca de sus motivaciones y acciones. De tal manera que afirmaciones como las de Hugh Trevor Roper y Alan Bullock, dos de los mejores biógrafos de Hitler, según las cuales el jefe nazi “permanece como un atemorizador misterio”, y “mientras más lo estudio más difícil encuentro explicarle”¹³ deben tomarse, pienso, en el sentido de que *la vida humana tiene mucho de misterioso*, rasgo que se acentúa en el caso de un Hitler. El verdadero problema se halla entonces en la pretensión de explicar *plenamente* a un ser humano, en esperar que una biografía pueda proporcionarnos la clave final y definitiva, y entregarnos, por así decirlo, al “verdadero Hitler”, al “Hitler real”, descifrando sin que nada reste su misterio y decodificando sus más recónditos y oscuros secretos. Una biografía puede *intentar* esta empresa, pero es iluso presumir que la misma tendrá un punto final.

2

Los más oscuros rasgos morales, los instintos homicidas y la mezquindad de espíritu no son desafortunadamente incompatibles con la destreza política, y ello ha sido reconocido así por los más importantes biógrafos de Hitler, aunque Ian Kershaw —como veremos— procura en cierta forma desdibujar el genio político del líder nazi bajo el oleaje tumultuoso de las fuerzas sociales que conformaban el contexto en que aconteció su actuación pública. Por su parte, Alan Bullock reconoce sin cortapisas las habilidades políticas fuera de lo común de un hombre que pareció emerger de la nada hasta dominar Alemania y buena parte de Europa, confundiendo y venciendo por años a adversarios que siempre parecían quedar varios pasos atrás de las maniobras urdidas por su sinuoso y sorprendente contrincante. En su conocida y excelente biografía de 1952, Bullock destaca en particular el instinto y capacidad de Hitler para identificar y utilizar para su provecho los factores emocionales en la política, así como su

¹³ Hugh R. Trevor-Roper, “Hitler Revisited”, *Encounter*, December 1988, p. 19; la cita de Bollock en Rosebaum, p. xv

maestría para simplificar su mensaje y transmitirlo con impacto, su atinada percepción de las debilidades de sus oponentes, y su voluntad de asumir riesgos.¹⁴ Y Joachim Fest, a mi manera de ver autor de la que es, hasta ahora, la mejor biografía del líder nazi, señala sin ambigüedades que Hitler fue un político consumado.¹⁵ Por su parte, Marlis Steinert, en un libro meritorio pero quizás demasiado ortodoxo en sus interpretaciones y un tanto academicista en sus métodos y estilo de presentación, enfatiza el papel de la pasión, entendida como una fuerza dinámica e implacable, en el éxito político de Hitler, una pasión que —escribe— Hitler “supo comunicar a millones de frustrados y de mediocres como él”.¹⁶

Hay que suponer que al calificar a Hitler de “mediocre” Steinert desea llamar la atención sobre ciertas características personales de aquél individuo con propensiones bohemias, hábitos y gustos triviales, que jamás logró disciplinarse para trabajar en serio, que era incapaz de afectos humanos estables, carecía de autenticidad en sus relaciones y estaba lleno de inseguridades y prejuicios. De otro lado, no obstante, me parece peligroso, en el sentido de la disección analítica de Hitler, calificarle como un “mediocre”, a menos que se tenga muy claro qué es lo que se quiere expresar con el término. Igual cosa ocurre cuando se discute sobre la “grandeza” histórica de un personaje como Hitler. El riesgo que se corre es el de confundir su impacto concreto en el curso de los eventos con su valoración moral. Ciertamente, Hitler no fue “grande” como factor de logros positivos o como influencia benefactora para su pueblo, pero como lo manifiesta el autor de uno de los más agudos, equilibrados y originales estudios en torno al Führer nazi, “Los grandes hombres son con frecuencia malos, y Hitler, a pesar de todos sus horripilantes atributos, fue un gran hombre, como lo demostró una y otra vez por la audacia de su visión y la astucia de sus

¹⁴ Alan Bullock, **Hitler. A Study in Tyranny** (Harmondsworth: Penguin Books, 1972), p. 804

¹⁵ Joachim Fest, **Hitler** (New York: Vintage Books, 1975), p. 262

¹⁶ Marlis Steinert, **Hitler** (Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1999), p. 111

instintos”.¹⁷ Jacob Burckhart, por otra parte, ha argumentado que “aquéllos que son sólo vigorosos destructores no son grandes”, históricamente hablando,¹⁸ y no puede negarse el peso de esta idea de las cosas. Ahora bien, a mi parecer lo verdaderamente clave, más allá de uno u otro calificativo, está en evadir la tentación de subestimar la figura y el fenómeno político de Hitler. Mentas perceptivas como las de Bracher y Steinert se preguntan: “¿cómo un hombre de existencia personal tan estrecha...pudo fundamentar...un desarrollo de dimensiones y consecuencias de tanto alcance histórico-mundial, que dependió considerablemente de él?”,¹⁹ ¿cómo se explica “la disparidad entre una apariencia insignificante y los cataclismos que produjo?”²⁰ Si bien la interrogante no deja de tener sentido, no creo que semejante disparidad constituya de por sí un acertijo indescifrable, pues bien podría sostenerse que en lugar de ser las cualidades que le separaban de las masas las que le llevaron donde llegó, fueron más bien las que *le asemejaban a la mayoría* y de las que Hitler encarnaba la representación las que explican su éxito, pues de hecho el líder nazi fue el individuo que dio voz a las masas, a buena parte de ellas, y a través del cual las masas hablaron.²¹

En realidad, hablar de las presuntas “mediocridad” o “grandeza” de Hitler poco ayuda a explicarle, pero: ¿qué es explicar una vida?, ¿en qué consiste esa tarea? El propio Freud confesó que “Resulta imposible entender el pasado con certeza, porque no podemos adivinar las motivaciones de los hombres y la esencia de sus almas, y por ello no podemos interpretar sus actos”.²² Esto luce un tanto exagerado, pues los actores históricos dejan rastros —documentos, grabaciones, memorias, testimonios de otros que les vieron desempeñarse, impresiones de sus contemporáneos, etc.— que permiten hasta cierto punto

¹⁷ Sebastian Haffner, **The Meaning of Hitler** (New York: Macmillan, 1979), p. 171

¹⁸ Citado por Lukacs, p.254

¹⁹ K. D. Bracher, p. 85

²⁰ Steinert, p. 12

²¹ Joachim Fest, **The Face of the Third Reich** (New York: Pantheon Books, 1970), p. 4

²² Citado en Backscheider, p. 109

hacerse una idea de lo que les movía a hacer lo que hicieron, aparte de lo que revelan sus decisiones y acciones como tales. Me parece, insisto, excesivo sostener que Hitler “escapa a una explicación”,²³ aunque ciertamente conviene limitar las ambiciones en cuanto a las posibilidades de llegar a conclusiones últimas y definitivas sobre las razones o sinrazones que explican la conducta de las personas. De hecho, en no poca medida el atractivo de una buena biografía se encuentra en la búsqueda de respuestas, y en la aceptación de que aún el mejor de los biógrafos nos dejará parcialmente insatisfechos en nuestra ansia de las mismas. Una gran biografía es capaz de suscitar tantas preguntas como las respuestas que propone, y una buena biografía es generalmente testimonio de las fallas de las diversas teorías psicológicas y sociológicas acerca de la personalidad.²⁴ Es cierto que los avances en psicología profunda pueden arrojar alguna luz sobre la conexión que hubo entre el carisma de Hitler y los miedos, resentimientos, ambiciones y ansias de revancha de muchos de sus seguidores; también es en principio posible que —como algunos han sugerido, y a manera de ejemplo para lo que venimos discutiendo—, el feroz anti-semitismo de Hitler haya tenido raíces patológicas vinculadas a su compleja sexualidad.²⁵ Todas estas teorías e hipótesis contribuyen de un modo u otro a observar la carrera del individuo en cuestión y analizarla, pero no le agotan, y son como los pasos en una caminata que al emprenderse no se conoce dónde y cuándo termina.

En el contexto de las teorías socio-antropológicas y psicológicas que intentan explicar el carisma, llama la atención la muy interesante tesis que presenta Roger Caillois en su libro sobre el mito, en el que distingue entre la mitología de las situaciones y la de los héroes. Las situaciones míticas constituyen la proyección de conflictos psicológicos, y el héroe es la proyección del propio individuo “como imagen ideal de compensación que tiñe de grandeza

²³ Rosenbaum, p. xi

²⁴ Para una interesante discusión en torno a la sicohistoria, consúltese, Fred Weinstein, “Psychohistory and the Crisis of the Social Sciences”, *History and Theory*, # 34, Vol. 4, 1995, pp. 299-319

²⁵ Fest, *Hitler*, pp. 39-40

su alma humillada”.²⁶ El individuo es presa de conflictos psicológicos acerca de los cuales muchas veces somos inconscientes, pues surgen de las presiones de la estructura social que nos rodea sobre nuestros deseos. De allí que el individuo sólo puede salir de esos conflictos mediante actos condenados por la sociedad y hasta por su propia conciencia, condicionada y marcada como está por los tabúes y prohibiciones sociales. La consecuencia de ello es que el individuo se paraliza ante la transgresión a la que le empujan sus aspiraciones más recónditas, y confía su ejecución al “héroe”. El héroe es por lo tanto aquél que encuentra una solución a la situación mítica, el que le halla una salida sea feliz o desdichada, pero salida al fin. El héroe resuelve el conflicto, y esa facultad legítima para él un derecho superior, no tanto al crimen sino a la *culpabilidad*, siendo la función de esa culpabilidad (la que se acarrea para el héroe por su transgresión) la de halagar al individuo que la desea pero no es capaz de asumirla. Argumenta Caillois igualmente que el individuo no se contenta con un mero halago y le es necesario el acto, es decir, que no se trata de una identificación virtual o de una satisfacción ideal con el héroe; se requiere, psicológicamente, una identificación real y una satisfacción palpable, las cuales pueden tener lugar en el marco mítico, marco hecho a su vez factible por el *rito*, que es el medio o instrumento que concede al mito del héroe su capacidad de ser vivido. Y como han explicado autores que han detectado este aspecto del movimiento nazi y destacado su apego a la estetización de la política²⁷, la ritualización política con que los nazis rodeaban toda su actividad, y especialmente los encuentros de las masas con el Führer, iban claramente destinados a provocar entre los miembros “esa embriaguez breve que un hombre inferior no puede disimular cuando por unos instantes se siente detentador del poder y provocador de miedo”.²⁸

²⁶ Roger Caillois, **El mito y el hombre** (México: FCE, 1998), pp. 26-30

²⁷ Uno de los más lúcidos fue Walter Benjamin, en su ensayo “La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica”, en, **Iluminations** (London: Jonathan Cape, 1970), pp.219-253

²⁸ John Moffatt Mecklin, citado por Caillois, p. 30

El tema de las relaciones entre la personalidad de Hitler y su entorno, de la influencia mutua entre el individuo y su contexto sociocultural, es central para sus biógrafos, aunque el manejo de los complejos vínculos y de las teorías que pueden desarrollarse sobre el papel y peso específico de las diversas variables individuales y colectivas varía de un caso a otro. Steinert plantea acertadamente la cuestión: “¿quienes se acercan más a la ‘verdad’: los que reducen todo a las intenciones y al programa de Hitler, los que lo explican todo mediante las estructuras y las funciones socioeconómicas, o aquellos para quienes el verdadero problema está planteado por la cultura política alemana, es decir por las ideas y los valores que subyacen en toda acción y estructura política?”²⁹ Sobre el tema de la relación entre el individuo y su contexto histórico, y acerca del peso que una personalidad o las fuerzas colectivas ejercen en cambiantes coyunturas sobre el destino de los eventos, considero que una postura teórica que procure el equilibrio en el manejo de estos factores es la más atinada. En palabras de E. H. Carr, “Lo que me parece esencial es ver en el gran hombre a un individuo destacado, a la vez producto y agente del proceso histórico, representante tanto como creador de fuerzas sociales que cambian la faz del mundo y el pensamiento de los hombres”.³⁰

Este equilibrio no es siempre fácil de lograr, y con relación al caso de Hitler las dificultades aumentan, y el deseo de minimizar su relevancia en el marco de lo ocurrido puede jugar malas pasadas a los biógrafos e historiadores, conduciéndoles a un reduccionismo excesivo en el cual el individuo es asfixiado por su entorno, o —a veces— a la banalización del problema. Un buen ejemplo de lo primero se patentiza en la por lo demás notable biografía del Führer nazi del historiador británico Ian Kershaw. Como pareciera ser costumbre entre los que intentan biografar a Hitler, Kershaw se pregunta ¿cómo explicar que “alguien con tan pocas dotes intelectuales...alguien que no era más que un cuenco vacío...pudo sin embargo llegar a tener una repercusión histórica tan

²⁹ Steinert, p. 13

³⁰ E. H. Carr, **¿Qué es la historia?** (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1969), p. 73

inmensa, pudo hacer contener el aliento al mundo entero?”³¹ Su respuesta es inequívoca: Hitler fue “en gran medida un producto social, una creación de motivaciones y expectativas sociales “ con que le “invistieron sus seguidores”. Kershaw se apresura a añadir que esta apreciación no significa que las acciones del propio Hitler no fuesen “de la máxima importancia en momentos clave”; pero en su opinión “el peso de su poder ha de verse sobre todo no en atributos específicos de la ‘personalidad’ sino en su papel como Führer, un papel que sólo podía ser factible con el menosprecio, los errores, la debilidad y la colaboración de otros”.³² Ciertamente, la autoridad carismática requiere no solamente la existencia de cualidades singulares en una persona, sino también el que dichas cualidades sean *reconocidas* como tales por otros.³³ Y lo que aparentemente busca Kershaw en su obra es responder a la interrogante de porqué *la sociedad alemana* de ese momento y circunstancias reconoció a Hitler como su “salvador”. En su intento de lograr esa meta Kershaw propone lo que anuncia como “un planteamiento nuevo”, que consistiría en “integrar las acciones del dictador en las estructuras políticas y las fuerzas sociales que condicionaron su adquisición del poder y el ejercicio del mismo, así como la influencia excepcional de ese poder”.³⁴

A decir verdad, y sin ánimo de menoscabar la valiosa y a ratos fascinante biografía de Kershaw, su planteamiento no es tan novedoso y ya había sido desarrollado, y con bastante éxito, por anteriores biógrafos de Hitler tales como Bullock y Fest. Creo que Kershaw acierta al declarar que constituye una distorsión afirmar que la historia alemana mostraba una especie de pauta inexorable, que culminó en la llegada de Hitler al poder, y que sería igualmente equivocado suponer que el líder nacionalsocialista cayó como un rayo del cielo, en un contexto histórico desprovisto de elementos socioculturales que ayudan a

³¹ Ian Kershaw, **Hitler, 1889-1936** (Barcelona: Ediciones Península, 1999), p. 22

³² *Ibid.*, p. 24

³³ Sobre el tema, consúltese, Thomas E. Dow, “The Theory of Charisma”, *The Sociological Quarterly*, Vol. 10, 1999, pp. 306-318

³⁴ *Ibid.*, pp. 25-26

explicar qué pasó, al combinarse el marco social y el individuo que encarnó rasgos clave del mismo y supo explotarlos en la dirección en que lo hizo.³⁵ Admitido todo esto, considero no obstante que Kershaw tiende a banalizar las cosas cuando insiste reiteradamente a lo largo de su obra en que sin las circunstancias específicas que le proporcionaron su marco de acción —las tradiciones autoritarias de Alemania, la debilidad de la cultura liberal-democrática en el país, las secuelas de la derrota de 1918, la ceguera de las élites conservadoras y de los partidos reformistas, etc.—, Hitler “habría seguido siendo un don nadie”. Más tarde escribe que “Sin las condiciones únicas en las que alcanzó prominencia, Hitler no habría sido nada. Cuesta imaginarle cruzando el escenario de la historia en cualquier otro período”.³⁶

Estas aseveraciones de Kershaw o bien constituyen una gran verdad o una banalidad, o seguramente ambas cosas. Lo mismo podría decirse de muchos otros “grandes hombres”, pues sus cualidades singulares, cualesquiera que hayan sido, requirieron en cada caso del abono nutritivo de circunstancias específicas, para detonar con el indispensable impacto los magnos eventos que esa unión individuo-contexto desató. Tiene desde luego sentido estudiar a fondo las condiciones sicosociales de la sociedad alemana en que surgió Hitler, y ése es el camino para esbozar una explicación de lo ocurrido, dando el peso necesario también a las características del personaje, quien sin duda tenía atributos de sagacidad política, don de mando, habilidad oratoria y de suscitar adhesiones que le distinguieron y dinamizaron en su época y circunstancias. Fest se pregunta qué destino habría aguardado a Hitler si la historia no hubiese producido las condiciones singulares que le despertaron, por así decirlo, y le convirtieron en el portavoz de millones: “Es fácil vislumbrar su existencia ignorada en los márgenes de la sociedad, amargado y misántropo, ansiando un gran destino e incapaz de perdonarle a la vida por haberle rehusado el papel

³⁵ Ibid., p. 95

³⁶ Ibid., pp. 148, 423

heroico que anhelaba”.³⁷ Estas son frases estupendas, que abundan en el libro de Fest, y son además acertadas; sin sus circunstancias, Hitler no hubiese sido el Führer nazi, pero de igual manera cabe decir que podemos imaginar a la Alemania de los años veinte y treinta del siglo XX sumida en severas tormentas, que probablemente la hubiesen conducido a una grave crisis, pero —y así lo admite el propio Fest en otra de sus obras— “sin la persona de Hitler jamás hasta alcanzar esos extremos”.³⁸ Por otra parte, al hablarse del contexto o marco histórico y de fuerzas colectivas conviene no limitarse exclusivamente a lo social y económico, pues como apunta con extraordinaria agudeza Modris Eksteins, Hitler fue también una creación “de la imaginación alemana”, más bien que de fuerzas sociales y económicas en sí mismas: “Hitler no fue visto en primer término como un agente de recuperación social y económica —ésa fue una interpretación *post facto*— sino como un símbolo de revuelta y reacción de los desposeídos, los frustrados, los humillados, desempleados, resentidos e iracundos. Hitler era la protesta, un emblema mental en medio de la derrota y el fracaso...ante su podio de orador...las masas se celebraban a sí mismas”.³⁹

3

El tema de la relación entre el individuo y sus circunstancias, en cuanto a Hitler se refiere, tiene otro aspecto de importancia que resulta imperativo tocar, y que se vincula a lo ético. La satanización de un sólo personaje, sin que minimicemos su maldad, puede tener el propósito —deliberado o no— de descargar de culpas a muchos otros miembros de la sociedad donde el individuo en cuestión, ahora transformado en chivo expiatorio, desarrolló su acción. También puede percibirse en ciertos casos la tendencia a ampliar de tal modo

³⁷ Fest, **Hitler**, p. 8

³⁸ Fest, **The Face of the Third Reich**, p. 3. Algo parecido escribió el historiador de las religiones Owen Chadwick sobre Lutero: “La Reforma protestante hubiese ocurrido sin Lutero. Pero sin Lutero no hubiese ocurrido del modo en que ocurrió”, citado por Lukacs, p. 258

³⁹ Modris Eksteins, **Rites of Spring** (New York: Anchor Books-Doubleday, 1989), p. 324

las culpas, que entonces se pierde todo referente concreto, o al menos se desdibuja más allá de toda posibilidad de concisión histórica. Creo que ello se evidencia en las líneas finales de la ya citada obra de Fest, *El rostro del Tercer Reich*, publicada años antes de su reconocida biografía. Allí Fest sostiene que Hitler fue el resultado “de un largo proceso de degeneración que no estuvo confinado a un sólo país, el resultado de un proceso evolutivo que fue tanto europeo como alemán, una falla común. Esto no disminuye la responsabilidad del pueblo alemán, pero sí la divide”.⁴⁰ Este estilo de explicación es lo que con radical firmeza ética rechaza Eric Voegelin, en su polémico estudio sobre *Hitler y los alemanes*, texto que es oportuno mencionar en estas notas sobre las biografías del líder nacionalsocialista. La pregunta que se formula es: ¿cómo fue posible que una efectiva mayoría de alemanes aceptase a un líder con la tipología encarnada en Hitler? Voegelin procura dar respuesta a la interrogante mediante el uso de lo que llama, siguiendo a Platón, el “principio antropológico”, según el cual la *polis* es la expresión del individuo, y la cualidad de la sociedad es definida por el talante moral de sus miembros.⁴¹

En este orden de ideas, Voegelin cuestiona las interpretaciones que privilegian factores políticos y socioeconómicos de naturaleza colectiva, que conceden a Hitler un papel secundario, el de un individuo más, arrastrado como todos por los eventos en lugar de controlarles, y singulariza la conocida obra de Hannah Arendt sobre *Los orígenes del totalitarismo* como ejemplo de ello. En opinión de Voegelin, “El tratamiento de los movimientos totalitarios al nivel de situaciones de cambio social...tiende a atribuir un aura de fatalidad a la causalidad histórica. Los eventos y cambios requieren desde luego una respuesta, pero no la determinan. El carácter de un hombre, el rango e intensidad de sus pasiones, los controles ejercidos por sus virtudes y su libertad

⁴⁰ Ibid., p. 67

⁴¹ Eric Voegelin, *The New Science of Politics* (Chicago & London: The University of Chicago Press, 1974), pp. 61-63

espiritual, también participan como otras causas”.⁴² Voegelin procura en su obra preservar un sano balance entre los aspectos relativos al carácter personal de los individuos que intervienen en la historia, enmarcado dentro de las estructuras sociales con sus efectos estimulantes o inhibitorios de ese carácter. No obstante, ese balance no es perfecto, pues la sociedad debe siempre ser considerada al final como la expresión de las personas moralmente maduras que la integran. Si fuese al revés, es decir, si el individuo fuese la expresión de la sociedad de la que forma parte, ello indicaría un proceso de decadencia espiritual, pues según Voegelin la personalidad moral del individuo no está fijada, no importa cuán influyentes sean tales factores, por las estructuras sociales en que se halla inmerso. De esta manera, si bien tanto los componentes intencionales como los estructurales intervienen en el esfuerzo de explicación histórica, en última instancia el logro o el fracaso en conquistar madurez ética por parte de la gente es el elemento explicativo de la bondad o maldad de las estructuras sociopolíticas.

De allí que Voegelin se niegue a aislar a Hitler de sus conciudadanos, y argumente que el ascenso del líder nacionalsocialista al poder tiene que verse en conexión con una disposición del pueblo alemán de ese momento y circunstancias, que se identificó con él y le dio el necesario apoyo. Hitler a su vez explotó las debilidades morales de los demás para sus propósitos.⁴³ El juicio de Voegelin sobre esa significativa parte del pueblo alemán que respaldó al Führer nazi es severo, sin caer en el extremo de acusarles colectivamente, pues lo que realmente importa en toda situación histórica es el valor o cobardía moral de cada persona y su conciencia. De acuerdo con Voegelin, el ascenso, triunfo y colapso del nazismo puso en evidencia un fenómeno generalizado de estupidez moral, mas “no existe un derecho a ser estúpidos” en el plano moral.⁴⁴ Este señalamiento es reiterado por Steinert en su biografía, cuando escribe que “La

⁴² Eric Voegelin, **Hitler and the Germans** (Columbia & London: University of Missouri Press, 1999), p. 38

⁴³ Ibid., pp. 25-63

⁴⁴ Ibid., pp. 106-10

puesta en práctica de la solución final (el Holocausto del pueblo judío, AR) no fue...solamente obra de Hitler y de su odio patológico, sino de una 'comunidad de acción policéntrica'...En el origen de todo ello, se encuentra el 'desdoblamiento de la percepción moral' de Hitler y de un buen número de científicos, médicos, militares y burócratas".⁴⁵ Hitler, en otras palabras, no estuvo sólo en sus ejecutorias. Steinert también observa en esa especie de íntima convicción de poseer un "derecho de matar" a quienes los nazis percibían como nocivos para el pueblo alemán, lo que se encuentra en la base de la sicología del genocidio, y lo que distinguió al nacionalsocialismo de otras variantes del fascismo, como el italiano por ejemplo.⁴⁶

Voegelin destaca la influencia de la *hubris*, término empleado en las tragedias griegas clásicas para referirse al pecado de orgullo, de arrogancia espiritual y pérdida del sentido de las proporciones, como otro factor de primera importancia a ser tomado en cuenta en el estudio del nazismo.⁴⁷ Ese elemento fundamental del movimiento nazi y de su líder es igualmente elaborado por sus principales biógrafos⁴⁸, mas llama la atención el hecho de que varios entre ellos parecen creer que al menos en las etapas iniciales de su carrera política esa fuerza irracional, esa *hubris*, coexistía en el líder nacionalsocialista con una poderosa dosis de realismo y frialdad calculadora, pero que a partir de cierto momento, intoxicado por sus triunfos, Hitler se convenció a sí mismo de su propio mito abandonándose por completo a una megalomanía que acabó por destruirle.⁴⁹ Según Fest, "Cuando el sentido de su misión histórica no fue ya controlado por sus cálculos maquiavélicos, cuando él mismo sucumbió a la noción de que era más que humano, el descenso empezó".⁵⁰ La hipótesis según

⁴⁵ Steinert, p. 396

⁴⁶ Ibid., p. 162

⁴⁷ Voegelin, **Hitler and the Germans**, p. 101

⁴⁸ Fest, **Hitler**, pp. 158-159, 480; Bullock, p. 375; Kershaw, **Hitler, 1936-1945** (Barcelona: Ediciones Península, 2000), p. 8

⁴⁹ Bullock, p. 385; Kershaw, **Hitler, 1936-1945**, p. 111

⁵⁰ Fest, **Hitler**, p. 522

la cual hubo un momento en que Hitler “abandonó la política”⁵¹ para moverse exclusivamente en el terreno de la fantasía es interesante, pero a mi modo de ver inexacta. Mi impresión, más bien, es que ambos planos coexistieron siempre en la personalidad del Führer nazi, y que en todo caso la acentuación del lado fantástico de su temperamento *no tuvo lugar a partir del tiempo en que se concretaron sus mayores victorias, sino cuando comenzaron las grandes derrotas*, en particular Stalingrado, y ello —creo— fue así no precisamente debido a un intento de escapar de una realidad ingrata, sino como un medio, quizás también calculado, para hacer retroceder esa realidad con lo único que le restaba: fuerza de voluntad y pasión “irracional”. Creo que en cierta forma Bullock acepta esto cuando asevera que en los dieciocho meses finales de su vida, “el rechazo a ver o admitir lo que estaba pasando fuera del círculo mágico de su cuartel general fue la condición esencial de su habilidad para continuar la guerra”.⁵²

Hitler fue un verdadero revolucionario. Como lo expresa Bracher, si entendemos por revolucionario a quien sabe unir una visión de cambio radical con la aptitud para suscitar, movilizar y conducir las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo, es obligado entonces admitir que Hitler fue el prototipo del revolucionario.⁵³ Es difícil imaginar a un verdadero revolucionario que no posea un arraigado compromiso con unas creencias, que lo impulsan y motivan a los demás. Un buen actor puede fingir que cree, pero cuesta suponer que un actor sea capaz de engañar a los demás de manera tan eficaz que les conduzca a los sacrificios, hazañas y derrotas que han desatado hombres como Lenin y Hitler, para sólo mencionar dos ejemplos. Con todo esto lo que intento es indicar que Hitler no fue, como le describió en su biografía original de 1952 Alan Bullock, un “oportunista carente por completo de principios...”⁵⁴ Hitler creía en lo que predicaba, y su magnetismo sobre sus seguidores se explica si tomamos en

⁵¹ Ibid., p. 611

⁵² Bullock, p. 722

⁵³ Bracher, p. 98

⁵⁴ Bullock, p. 804

cuenta lo dicho por Nietzsche: “Los seres humanos creen en la verdad de lo que parece ser firmemente creído”.⁵⁵ Años más tarde, en una voluminosa semblanza de las carreras paralelas de Hitler y Stalin, Bullock cuestionó su interpretación inicial de Hitler, y enfatizó la función de la ideología como ingrediente clave en la estructura mental y carisma del Führer nazi, así como en la dinámica del régimen nacionalsocialista.⁵⁶ Bullock había recibido críticas de otros historiadores por su primera versión de un Hitler excesivamente “racional”, lo que le condujo a una revisión de sus planteamientos originales y a la conclusión de que, en todo caso, Hitler fue “un gran actor que *creía* en su papel”.⁵⁷

Fue el poeta Hugo von Hofmannsthal quien dijo que “La política es magia. Quien sepa extraer fuerzas de lo profundo, será seguido”.⁵⁸ Biografiar a una figura como Hitler exige tomar en cuenta la relevancia de los factores emocionales en la política. No se trata de calificarles de “irracionales” y de adoptar una idea puramente instrumental de lo que es la razón humana; se trata de dar toda su importancia a las pasiones que en determinadas coyunturas históricas se despliegan en el horizonte de los pueblos, y son a la vez encarnadas y canalizadas por un individuo, a veces —pocas— para construir, mas casi siempre para destruir. En ese orden de ideas, una buena biografía de Hitler requiere preguntarse, entre otras cosas, ¿qué hizo posible la aparición en la historia de un individuo que cumpliera ese papel?; ¿cómo era, cuáles eran las raíces de su personalidad, qué cualidades peculiares tuvo que poseer para

⁵⁵ Citado por Alan Bullock, **Hitler and Stalin. Parallel Lives** (London: Fontana Press, 1993), p. 379

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 438-451

⁵⁷ Esta cita de Bullock proviene del texto de las entrevistas que llevó a cabo Rosenbaum con el propio Bullock y Hugh Trevor Roper en torno a sus respectivos libros sobre Hitler. Véase, Rosenbaum, *cit.*, pp. 78-96. La obra de Trevor Roper, aunque no es una biografía propiamente dicha, constituye uno de los más penetrantes estudios psicológicos del líder nazi y una brillante descripción de sus días finales en el *bunker* berlinés. Véase, H. H. Trevor Roper, **The Last Days of Hitler** (Chicago: The University of Chicago Press, 1992).

⁵⁸ Citado en, José M. González García, **Metáforas del poder** (Madrid: Alianza Editorial, 1998), p. 130

imponer su huella?; ¿qué era, ideólogo, manipulador, propagandista, guerrero, estadista, o una mezcla de ésto y más?; ¿cuál era su visión del mundo y por qué su feroz anti-semitismo?; ¿en qué medida, y hasta qué momento, impulsó los eventos y a partir de cuándo éstos empezaron a sobrepasarle?; ¿cuáles eran sus principales defectos y limitaciones?; ¿qué explica el respaldo real y efectivo de que gozó por parte de amplios sectores de su pueblo?; ¿por qué fracasó?

Aparte de enfrentar y procurar dar respuesta a éstas y otras cuestiones de obvio interés personal e historiográfico, una buena biografía tiene que poseer calidad literaria, y en no poca medida su triunfo o fracaso tiene igualmente que ver con lo que podríamos llamar su caracterización central o medular del personaje; es decir, expresado en otros términos, con la capacidad del autor para dejar en el lector la impresión de que, finalmente, se hospeda en su espíritu una imagen definida, cualquiera que ésta sea, pero lo crucial es que sea clara, convincente en cuanto que bien sustentada, del personaje biografiado, y no una especie de amalgama confusa de percepciones diversas e inconexas. No quiero con esto sostener que una biografía deba resolverse en la simplificación del sujeto de estudio, sino que la presentación de su complejidad debe avanzar por un sendero coherente. En tal sentido, considero que por su calidad literaria, riqueza argumental, solidez de los materiales de apoyo, sutileza interpretativa y poder persuasivo, las cuatro mejores biografías que he leído sobre Hitler son — en orden descendente—, la de Joachim Fest, la primera de Alan Bullock (1952), la de Ian Kershaw, y la de Marlis Steinert.

“El éxito de Hitler”, escribe Safranski, “es un ejemplo extremo de cómo la historia está dirigida en gran medida por la locura”.⁵⁹ Junto a los biógrafos, han sido dramaturgos como Brecht y novelistas como Hermann Broch los que posiblemente han desentrañado con mayor lucidez los resortes más recónditos del alma de Hitler y de su magnetismo y arrastre políticos. Brecht lo logró en su

⁵⁹ Rüdiger Safranski, **El mal, o el drama de la libertad** (Barcelona, Tusquets Editores, 2000), p. 242

pieza teatral *La resistible ascensión de Arturo Ui*, historia que relata el camino al poder de un hombre salido de la nada a la manera de Hitler. Por su parte, Broch hizo en su novela *El tentador* el retrato de un granuja que acaba por convertirse en una especie de fundador de una nueva religión.⁶⁰ Safranski también habla de Hitler como “la variante lúgubre del fundador de una religión”⁶¹, pues fue, de un lado y efectivamente, el “tentador”, un tentador escuchado, y de otro lado también el “seductor”, en el sentido en que la palabra es usada por Kierkegaard en su *Diario de un seductor*⁶². En este esquema el seductor es un rufián, moralmente hablando, pero capaz de arrastrar a otros al abismo. El nazismo, además de ideología y movimiento político radical, fue un culto, y Hitler tuvo la terrible y atinada intuición de que a un vasto sector del pueblo alemán de la época y circunstancias entonces imperantes podía tratársele “como si fuera una tribu”.⁶³ De allí, escribe Domenach, “el fulgurante éxito de sus sortilegios, de su mitología y de sus emblemas. Instintivamente supo encontrar y recrear los rasgos fundamentales de una sociedad primitiva”.⁶⁴ En síntesis, Hitler nos mostró que el horror también forma parte de lo humano, y que podemos retroceder a la barbarie.

⁶⁰ Sobre estas obras literarias, su contenido y significado, véase, Jean-Marie Domenach, **El retorno de lo trágico** (Barcelona: Ediciones Península, 1969), pp. 125-132.

Domenach también se refiere a Hitler como “fundador de una religión”, en cuanto que “Cree en el hombre, al menos en la clase de hombre que entrevé, y prepara su cambio mediante la purificación de la raza”, p. 135

⁶¹ Safranski, p. 242

⁶² S. Kierkegaard, **The Seducer’s Diary** (Princeton: Princeton University Press, 1997).

⁶³ Domenach, p. 133

⁶⁴ Ibid.